

RESEÑAS

Juan Carlos Gachúz Maya y Diana Bank (coords.), *BRICS: La nueva agenda*, Puebla, Fomento Editorial BUAP, 2014, 255 pp.

Durante el último lustro, en México se realizaron importantes contribuciones al entendimiento de la dinámica de los países que se conocen como BRICS.¹ En estos estudios se observa el común denominador de ver a los BRICS como un conjunto de países con crecimiento económico acelerado y progresivo aumento de influencia regional. También surgió el debate sobre si los BRICS son países que tienen el objetivo de cambiar el *statu quo* global o si sólo buscan desarrollarse económicamente sin pretender cambiar el sistema internacional.

Sin asumir que tengan intenciones o no de cambiar el *statu quo*, los autores de *BRICS: La nueva agenda* analizan los problemas estructurales que tiene cada uno de los países que conforman el acrónimo, y el bloque en su conjunto, lo que repercute en su capacidad de modificar al sistema internacional. Se insertan en el debate al responder una pregunta tácita: ¿pueden los BRICS cambiar el *statu quo*?

La obra inicia con dos capítulos sobre Brasil. En el primero, Mauer de Salles se enfoca en identificar de qué manera se afectó la agenda internacional brasileña por su ingreso a la dinámica BRICS. El autor concluye que, aun cuando se formó una nueva identidad brasileña por formar parte del bloque, no hubo un cambio sustan-

¹ Véase Mario Ojeda Gómez, “México y el conjunto de países llamado BRIC (Brasil, Rusia, India y China)”, *Foro Internacional*, vol. 50, núm. 2, 2010; Raúl Netzahualcoyotzi y Aurora Furlong, *Política Energética en los BRIC: crisis y efectos en la política económica de México*, México, BUAP, 2011; Daniel Añorve, Ileana Cid Capetillo y Ana Teresa Gutiérrez del Cid (coords.), *Los BRICS entre la multipolaridad y la unipolaridad en el siglo XXI*, México, UNAM y Universidad de Guanajuato, 2012. También el trabajo de Rocha Valencia y Morales Ruvalcaba que se cita en las pp. 214-215.

cial en la agenda internacional brasileña, pero sí en la forma en perseguir objetivos de política exterior.

Lo anterior es reflejo de la tendencia global sobre la conformación de un nuevo multilateralismo. Por ejemplo, desde la década de 1930 se observa que Brasil adoptó un compromiso y un activismo político significativo en la consolidación del multilateralismo económico-comercial. Esto se visualiza en el liderazgo que adoptó –y compartió con otros países como México– en la formación de grupos multilaterales como el G-77. La formación del G-20 le otorgó la oportunidad a Brasil para renovar su papel de liderazgo, así como también lo hicieron otros foros *ad hoc* como IBSA (la India, Brasil y Sudáfrica) y el mismo BRICS. Por lo tanto, el liderazgo brasileño y la persecución de objetivos de política exterior no cambiaron de fondo, sino de forma. Según el autor, el gran reto de Brasil ahora es vincular, de manera coherente, los retos de la nueva realidad internacional con sus paradigmas históricos, ya que “cuanto más Brasil se convierte en BRIC, más se aleja de su concepto de país en desarrollo y sudamericano”.

Con base en el texto anterior, se puede asumir que los BRICS se fortalecen, económica y políticamente, gracias al sistema internacional, ya que, como se escribió, el desempeño internacional brasileño no es novedad. En el siguiente capítulo de la obra, Arellanes Jiménez concuerda con este enfoque al decir que “a causa de que forman parte de un sistema y orden establecido durante la Segunda Guerra Mundial, es muy difícil que presenten una modalidad antisistémica”. El autor estudia dos fenómenos que surgieron de manera paralela: Brasil como BRICS y como potencia regional, para lo cual describe qué son los BRICS, cuál es el papel brasileño en el foro y en la región sudamericana.

Con base en la definición de potencias regionales-globales, el autor concluye que Brasil, al igual que los países BRICS, cumple con los requisitos necesarios: pertenencia a una región geográfica y políticamente definida, ejercicio de liderazgo regional, fomento de mecanismos de integración regional, entre otros. Sin embargo, el autor también explica que Brasil es diferente en otros aspectos: es una democracia (a diferencia de China) y carece de conflictos religiosos o vecinos hostiles (a diferencia de la India). El estudio

concluye que los BRICS, y Brasil en particular, mantienen al sistema internacional neoliberal en tanto que exportan capitales asociados a políticas imperialistas de potencias mundiales, fomentan el monopolio empresarial, garantizan la estabilidad geopolítica regional y legitiman un acceso más profundo a los mercados globales.

Bank y Gómez Galicia analizan la dinámica que surgió en Rusia a causa de la combinación de dos factores: impacto a la economía a causa de la recesión global financiera de 2008-2010, y las presiones sociales que se derivaron de este episodio. Para esto describen los antecedentes históricos que guiaron al ascenso de Putin al poder, a saber: déficits públicos a causa de las reformas económicas en la década de 1990, falta de madurez política, impacto al precio de las materias primas por la recesión global de 1998 y aumento en las tasas de pobreza y desigualdad.

La combinación del nacionalismo y una “doctrina del consenso” permitieron a Putin iniciar nuevas relaciones con el sector privado y el ejército, además de que facilitó el uso de los energéticos como arma política ante el exterior. Con esto se asume que el Estado se fortaleció y los poderes oligárquicos, que mantuvieron en jaque a la economía rusa, se debilitaron. Empero, los autores enfatizan que Rusia es el país de entre los BRICS con peor gobernabilidad en razón del pésimo control de la corrupción, mal ejercicio del Estado de derecho y pobre calidad en las regulaciones. También se observan problemas de competitividad, ya que el país euroasiático depende mucho de los energéticos, está entre los veinte países peor evaluados en materia de eficiencia aduanal y carece de infraestructura propicia para recibir inversiones y fomentar el comercio exterior. Estas situaciones no permitirán la continuidad de Rusia en el Foro BRICS a menos que se logren cambios sustanciales.

El estudio anterior se complementa con el texto de Michalon sobre el reto demográfico ruso. En éste se subraya la importante diferencia de la tendencia demográfica rusa que, en contraste con los otros países BRICS (a excepción de China), está a la baja. Esto se explica por la inestabilidad que provocó la descomposición de la Unión Soviética. Si bien las condiciones económicas mejoraron en la primera década del siglo XXI, no aumentó la tasa de natalidad al punto de compensar el número de decesos.

El autor describe varias medidas que adoptó el gobierno para contrarrestar la tendencia, la cual parece guiar a un despoblamiento de gran magnitud en razón del enorme territorio ruso. Sin embargo, aunque las tasas de fertilidad aumentaron y las tasas de mortalidad disminuyeron, la tasa de crecimiento natural muestra un saldo negativo. Ante lo anterior, se afirma que de no ser por los flujos migratorios, la disminución demográfica rusa registraría una disminución de casi el doble de lo que se registra actualmente. No obstante, este tema resulta ser políticamente sensible a la sociedad rusa. En 2012 se propuso un nuevo concepto de la política migratoria rusa, con lo que se pretende impulsar un “cambio de tono” en el tema migratorio. Sin embargo, el autor concluye con una paradoja: “en ningún otro país se asocia una necesidad tan apremiante de flujos intensivos de migración con una negativa tan resoluta por parte de la población”. Por razones económicas y demográficas, resulta apropiado decir que esto es un obstáculo para que Rusia consolide un poder que le permita seguir en los BRICS.

El siguiente texto también versa sobre Rusia, con lo cual se observa una especial atención a este país mientras que no se estudia a otros miembros del foro en la misma magnitud. En este capítulo, Rodríguez Suárez analiza la manera en que Rusia intenta reintegrar a los países que conforman su “cercano próximo” por medio de la Comunidad de Estados Independientes (CEI). El autor se enfoca primero en describir los orígenes y la evolución histórica de la CEI, la cual “respondió al deseo de reconstruir a la Unión Soviética bajo otro esquema de integración”. Pero la ineficiencia estructural de la CEI y el dominio ruso en el esquema integrador impulsaron a la creación de otras organizaciones sin Rusia, como la Organización de Cooperación de Asia Central. En segunda instancia se describe la estructura institucional de la CEI, para después exponer los otros esquemas de integración regional.

El autor asevera que Rusia desea regresar al estatus de potencia mundial, por lo que el mantenimiento de su esfera de influencia por medio de la hegemonía regional se convirtió en prioridad para su política exterior. Aun cuando la CEI tuvo el efecto positivo de lograr una separación “civilizada” de la Unión Soviética, presenta más fracasos como mecanismo de integración. A pesar de

esto, Rodríguez Suárez afirma que “para Rusia es importante mantener una organización ilusoria, debido a que confirma su papel simbólico de Estado hegemón”. Si esta hipótesis resultara ser cierta, entonces es otra debilidad que Rusia tiene como potencia, supuestamente, regional, ante lo cual habría de hacer importantes ajustes. La firma del tratado para la Unión Económica Euroasiática parece ser un esfuerzo en esa dirección.²

Con el cuestionamiento sobre si se desploma un miembro BRICS, Almaraz Aréizaga analiza el caso de la India. En 2012, el país surasiático presentó signos de desaceleración económica, a lo que se suman dificultades internas como falta de solidez institucional y problemas de liquidez en el sistema bancario. También, desde 2010 se registró una disminución significativa en la inversión extranjera directa (IED), lo que se podría deber a que los inversionistas se dejaron llevar por la emoción del “milagro indio”. Después, la autora describe los problemas de corto plazo, ya que, en su opinión, hacen dudar más de la estabilidad de la India como país BRICS. Básicamente establece que las instituciones bancarias indias no pudieron hacer frente a las crecientes demandas de capital y dinero líquido. Ante esto, la Reserva Bancaria de la India adoptó medidas de política monetaria expansiva, lo que ocasionó inflación, depreciación de la rupia, déficit público y disminución de la inversión.

Éste es el único estudio de carácter normativo en tanto que recomienda algunas medidas para reactivar la economía india, además de proponer la firma de un tratado de libre comercio con México. Con base en la línea de la obra, la autora también expone aquellas situaciones que podrían afectar al papel de la India como miembro del grupo BRICS. Por ejemplo, la pobreza india es la mayor de entre los países miembros, la participación de la India al producto interno bruto global es, aún, muy poca (2%) y su crecimiento económico está fuertemente ligado a Estados Unidos y la Unión Europea.

Al igual que la India, China también presentó signos de desaceleración económica durante el periodo 2010-2013. Esto hace que se

² RT, “Russia, Belarus, Kazakhstan Sign ‘Epoch’ Eurasian Economic Union”, *Russia Today*, 30 de mayo de 2014 (disponible en: <http://rt.com/business/162200-russia-belarus-kazakhstan-union/>).

dude de la viabilidad de sus modelos económico y político. En su contribución, Gachúz Maya analiza los factores que intervinieron en dicha desaceleración. El autor enfatiza que el crecimiento económico chino, desde 1978, se debió más a los altos montos de inversión que al consumo o a las exportaciones. Este modelo “inversor” no resulta sustentable, ya que se fuerza el crecimiento económico al aumentar los montos de inversión, lo que ocasiona, además, sobreinversión, inversiones erróneamente dirigidas, o inversiones artificiales.

También se trata el tema del superávit, el cual muestra reducciones importantes desde 2011. Tres factores se relacionan a esto: la dependencia al inestable precio de materias primas, el aumento de los precios de las importaciones frente a las exportaciones y el crecimiento de salarios, lo cual suponía una ventaja comparativa a China.

Gachúz Maya, igualmente, describe la situación de los derechos humanos, los conflictos regionales y el aumento en el presupuesto militar chino. Estos son temas que reflejan la paradoja del poder chino: por un lado, una redirección de recursos económicos hacia fines geopolíticos y domésticos, pero, por otro lado, la inviabilidad del modelo chino, ya que son aspectos que producen descontento social y regional, y aumento en la brecha de desigualdad económica interna. El autor concluye que, a menos que China lleve a cabo reformas estructurales y revierta tendencias económico sociales perversas, probablemente se encaminará a tener inestabilidad social y estancamiento económico.

Bello Gómez y Bank estudian el caso de Sudáfrica. Sin duda, el estatus sudafricano, como BRICS, es el más criticable. Como muestran los autores, no fue accidente que el país africano no se incluyera en el foro original, ya que tiene uno de los índices de desempleo más altos del mundo, su desigualdad en el ingreso es de las peores y presenta importantes signos de inestabilidad política y social. Los autores remarcan que “las perspectivas de crecimiento económico de Sudáfrica son bastante limitadas como para justificar la confianza en que el país sea capaz de crecer de forma sostenida a las muy elevadas tasas que requeriría una economía similar a la de los BRICS”.

El último capítulo versa sobre el grado de cooperación y diálogo entre los países BRICS, y el reto que esto representaría para la hegemonía global, Estados Unidos. Morales Ruvalcaba, Rocha Valencia

y Vargas García recuerdan sus múltiples contribuciones para el estudio del fenómeno BRICS, además de las interesantes propuestas sobre el Índice de Poder Mundial y la Geopolítica de la Cruz del Sur. Los autores inician el capítulo con la hipótesis de que los BRICS, en su papel de potencias regionales, se han propuesto escalar la jerarquía de poder internacional y pasar al centro de la economía mundial. Para un mayor entendimiento de esto, el análisis se realiza con base en las contribuciones de Wallerstein y la Teoría de los Sistemas-Mundo, aunado a una definición de lo que implica el término BRICS.

De igual manera, los autores describen los puntos más importantes que se acordaron en cada una de las reuniones cumbre que han tenido los BRICS. Se destacan: el objetivo de la segunda cumbre, de dotar al BRIC de mayor contenido político y credibilidad internacional; objetivo de la tercera cumbre, de cohesionar al foro y posicionarlo frente a otros, además del desarrollo de la cooperación multisectorial; el acuerdo de la quinta cumbre, de la creación del Banco BRICS, lo cual ya se volvió una realidad a partir de la cuarta cumbre en Brasil.³ Los autores concluyen que se vislumbra una nueva balanza de poder y el surgimiento de un nuevo mapa geopolítico. Empero, reconocen que, a nivel político internacional, tiene dos eslabones débiles, Sudáfrica y la India, países que son objeto incesante del *soft power* estadounidense.

La obra carece de consideraciones finales, lo cual es necesario para determinar futuras líneas de investigación y delimitar conceptos en torno al concepto BRICS. Su área común de investigación son los problemas internos –infraestructura material, económica, política y social– para resaltar las debilidades estructurales con las que cuentan este grupo de países y que no les permitiría, al menos a corto plazo, realizar cambios sistémicos globales. Es un estudio colectivo de gran importancia para profundizar el conocimiento de los países BRICS, ya sea por separado o en conjunto.

EDUARDO TZILI APANGO

³ “BRICS Bank Set to Launch Next Week”, *BusinessDay*, 11 de julio de 2014 (en <http://businessdayonline.com/2014/07/brics-bank-set-to-launch-next-week/#.U79xYfl5OSo>).

Steve Coll, *Private Empire: ExxonMobil and American Power*, Nueva York, Penguin Press, 2012, 685 pp.

Steve Coll, director de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Columbia, presenta en *Private Empire: ExxonMobil and American Power* una investigación nítida y empíricamente sólida –casi etnográfico– de la compañía insignia de la industria petrolera mundial y el modelo clásico de la firma trasnacional estadounidense: ExxonMobil. A partir de entrevistas con ejecutivos y empleados de la corporación (que incluyen al mismo Lee Raymond, director ejecutivo entre 1993 y 2005), otras empresas energéticas y exoficiales gubernamentales; fuentes periodísticas y académicas; cables diplomáticos y reportes gubernamentales –una investigación que luce no sólo exhaustiva, sino extenuante–, Coll reconstruye episodios específicos de la historia corporativa de ExxonMobil.

Si bien el trabajo se conduce a lo largo de un periodo bien definido (desde el accidente del *Exxon Valdez* frente a las costas de Alaska en 1989 hasta el desastre del *Deepwater Horizon* en el Golfo de México en 2010), no se trata de un recuento cronológico. Tampoco tiene un énfasis temático. Más allá de una pregunta de investigación, es posible advertir una preocupación constante –aunque un tanto implícita–, que da cauce a la narrativa: ¿cómo se construye la estrategia corporativa de una gran compañía petrolera en un entorno cada vez más volátil, turbulento y caótico? En otras palabras, ¿de qué manera confluyen las dinámicas políticas, económicas, de seguridad y ambientales en la toma de decisiones empresariales? A pesar de que en la obra se mencionan y analizan innumerables variables, hay tres temas recurrentes que se relacionan con esta pregunta: los problemas asociados con la expansión global de ExxonMobil, la posición de la compañía ante los temas de cambio climático y protección ambiental y la relación con el gobierno de Estados Unidos.

La estructura geopolítica que subyace al mercado de los hidrocarburos representa un elemento transversal en la narrativa de Coll. Cerca de la mitad de los capítulos del libro relatan las conexiones, complejísimas, entre seguridad, diplomacia y economía, a las cuales se enfrentan las compañías trasnacionales como

ExxonMobil en el exterior. En el caso de la industria petrolera, el agotamiento gradual de los recursos energéticos en países relativamente estables y su concentración en regiones inseguras y potencialmente hostiles motivaron la expansión global de empresas primordialmente estadounidenses, como ExxonMobil.

Aunque los desafíos que afronta la compañía son particulares a cada gobierno anfitrión, emergen algunos temas comunes: disputas por el pago de regalías e impuestos, influencia de los representantes corporativos en la toma de decisiones y triangulación con la actividad diplomática de Washington. Steve Coll analiza dos conjuntos de regiones, a cuyas particularidades se adaptan los recursos de ExxonMobil.

Por una parte se encuentran países como Guinea Ecuatorial, Chad, Nigeria, Venezuela e Indonesia, cuya característica principal es la inestabilidad política, el conflicto social y, en algunos casos, la guerra. Sin embargo, son también provincias energéticas abiertas a la inversión extranjera. A lo largo del texto, Coll describe cómo estas condiciones afectan la operación de la compañía y los recursos que usa para mitigar los riesgos colaterales. Por ejemplo, ante el recrudecimiento del conflicto en Aceh, Indonesia, los ejecutivos de ExxonMobil recurrieron a la diplomacia estadounidense del nivel más alto, incluso frente a acusaciones de anuencia empresarial en las violaciones flagrantes a los derechos humanos de la población local por parte del ejército indonesio. En contraste, para acceder a los campos petroleros de Chad, la corporación acordó un esquema de “desarrollo” con el Banco Mundial (el cual fracasó); en vez del crecimiento y el bienestar prometidos, las operaciones de ExxonMobil en el país centroafricano se redujeron a un pequeño enclave.

En todos los casos, a partir de la narración es posible advertir un estilo de negociación empresarial inflexible y feroz, en el cual la diferencia de capacidades, recursos y redes entre ExxonMobil y los gobiernos nacionales es evidente (en algunos casos). Según explica Steve Coll, el interés constante detrás de cada una de estas acciones es fortalecer el radio de reservas sobre producción, quizá el desafío principal para una compañía que, como ExxonMobil, carece de reservas aseguradas por el Estado.

Muy distinto es el enfoque de la firma estadounidense con respecto a regiones petroleras con un potencial energético más atractivo, pero también complicado en virtud de la posesión gubernamental de los recursos energéticos: Arabia Saudita, Rusia e Iraq. La posibilidad de mejorar el radio de reservas/producción por medio del gas natural saudita (p. 199) y la iniciativa del Príncipe de la Corona por emular el éxito gasífero del pequeño emirato de Qatar abrieron una oportunidad aparentemente dorada, que los estilos inflexibles de ambos lados y las realidades geológicas cerraron tiempo después. En Rusia, las riquezas no eran potenciales, como en el caso del gas saudita; sin embargo, al igual que en el Reino, variables políticas –en este caso la disputa entre el gobierno de V. Putin y Khodorkovsky– condujeron al fiasco de la iniciativa, que Lee Raymond en persona asumió como su proyecto. Finalmente, Coll describe cómo los temores por la base institucional y de seguridad en Iraq limitaron la participación de ExxonMobil en este país.

El segundo eje transversal en el libro es la posición polémica de ExxonMobil con respecto a los temas ambientales. En lugar de intentar narrar la impronta ecológica y climática de la empresa, el autor busca desentrañar el arsenal y las capacidades a disposición de los cuarteles generales para esquivar cualquier tipo de responsabilidad ambiental más allá de lo estrictamente necesario. La primera arista que describe Coll es probablemente la más polémica y reconocida de ExxonMobil: el discurso público en contra de la ciencia climática.

Además de señalar las actividades de cabildeo, bajo el liderazgo de una oficina profesional en Washington, D. C., se destaca la cruzada de Lee Raymond en contra de cualquier iniciativa para reducir emisiones; incluso, el dirigente de la corporación más grande de Estados Unidos argumentó en 1997 que “es altamente improbable que las temperaturas a mediados del siglo siguiente se vean afectadas por las políticas que se implementen ahora o en los veinte años siguientes” (p. 82). A pesar de que a mediados de la década que sigue esta posición se suavizaría, la compañía de Texas sigue siendo el ejemplo paradigmático de escepticismo sobre el cambio climático.

Más allá del cambio climático, Steve Coll explica cómo el desastre ecológico en la costa de Alaska desencadenó un proceso de reformas administrativas en la empresa, que la volvieron incluso más jerárquica e inflexible: “muchas corporaciones industriales buscaban enfatizar la seguridad del trabajador, pero después del episodio del *Valdez*, el sistema de Exxon se volvió mucho más profundo [...] que cualquiera de sus pares” (p. 30). El hostigamiento contra equipos científicos contrarios a las posiciones corporativas, las estrategias para lidiar con organizaciones ecologistas y el financiamiento de sofisticados laboratorios y reconocidos expertos y especialistas son otras de las aristas en las que repasa el autor con respecto a la vinculación de ExxonMobil con los asuntos ambientales.

Por último, probablemente uno de los temas más complejos que retrata Steve Coll en su obra es la relación, sumamente complicada, pero cercana, entre ExxonMobil y el gobierno de Estados Unidos. En una de las ideas más sugerentes del libro, el autor señala que “ExxonMobil probó ampliamente que podía obtener ganancias en el entorno de políticas energéticas estadounidenses débiles; de hecho, el papel central de la corporación en la economía energética [de ese país] fue en buena medida una función de la incapacidad o el rechazo de Washington para desafiar los supuestos sobre el petróleo que prevalecieron en el siglo previo” (p. 441). Coll menciona que el poderío económico y político de la firma petrolera se multiplicó al amparo de “los mercados y el comercio global que la hegemonía estadounidense protegía [después de la guerra fría]” (p. 19); a lo largo del texto queda claro que la participación del gobierno de Washington no sólo fue indirecta.

La influencia de la corporación en el proceso de toma de decisiones es evidente, al igual que el apoyo político y diplomático del gobierno en situaciones de apuro (quizá el ejemplo más consistente es la intervención del Departamento de Estado en Indonesia a favor de la seguridad de ExxonMobil en el archipiélago). Sin embargo, queda claro que la empresa trabaja para sus intereses, por lo que el autor presenta tantos episodios de cooperación como de diferencias entre los oficiales del gobierno y los ejecutivos de la compañía.

La narrativa de Coll es descomunal, precisa y detallada (aunque en ocasiones se caracteriza por el tono coloquial), de modo que permite al lector formarse una imagen precisa de una de las corporaciones más emblemáticas en la industria de los hidrocarburos. La recuperación de evidencia empírica e información primaria es asimismo una de las aportaciones más valiosas del libro, especialmente para los estudiosos de la influencia de actores privados en la política internacional. Por lo general, las motivaciones, los objetivos y las estrategias de las grandes corporaciones son variables que los investigadores deben descifrar a partir de pistas aisladas; es decir, el proceso de toma de decisiones empresariales se asemeja a una caja negra. En consecuencia, más que insertarse en el debate académico sobre el papel de las empresas petroleras en el mercado energético global, *Private Empire* es una fuente de información y análisis muy útil, que sienta las bases para el planteamiento de preguntas ulteriores y la mejora de los métodos de investigación en temas de la economía política del petróleo.

CÉSAR B. MARTÍNEZ ÁLVAREZ

Lene Auestad (ed.), *Nationalism and the Body Politic: Psychoanalysis and the Rise of Ethnocentrism and Xenophobia*, Londres, Karnak, 2014, 276 pp.

Incorporar conceptos y perspectivas derivados del psicoanálisis para una más ajustada y provocativa visión de la dialéctica política e internacional es el propósito cardinal de este volumen. Se inspira en un grupo de reflexión y estudio animado por psicoanalistas y sociólogos escandinavos e ingleses. Dio sus primeros pasos en Copenhague, en marzo de 2010, y desde entonces se reúne anualmente en Londres y en las capitales del norte europeo. Uno de sus promotores –Jonathan Davidoff– se formó en México y completó su entrenamiento como psicoanalista en Argentina y en universidades inglesas. Las últimas páginas del texto describen la trayectoria de este grupo interdisciplinario e invitan al lector a adherir a

sus propósitos académicos a través de los hoy ineludibles domicilios electrónicos (psycoanalysis.politics@gmail.com y <http://www.psa-pol.org>).

Esta tendencia no es novedosa. Cabe encontrarla fragmentariamente en múltiples textos de Freud, Fromm y, de manera indirecta, en Max Weber y Raymond Aron. Sin embargo, los doce ensayos que componen este libro convergen en una explícita y ordenada intención: iluminar temas como los fundamentalismos religiosos y políticos, los conflictos internacionales, la vibrante presencia de huellas culturales en el orden colectivo y los desbordes del nacionalismo y del racismo por medio de categorías derivadas del psicoanálisis. Se trata en suma de un vigoroso predicamento en favor de una visión inter y multidisciplinaria de la realidad internacional y cultural.

El noruego Lene Auestad analiza las circunstancias que hoy dan lugar a un *neonacionalismo* que se revela intolerante respecto a minorías que se empeñan a preservar su propia identidad. ¿En qué fuentes se nutre el racismo y la xenofobia en países como Inglaterra y la Alemania de Angela Merkel, que formalmente se inclinan a rechazar estas agresivas tendencias? Auestad sugiere la existencia de un *doble* discurso en las élites europeas: formalmente impugnan la intolerancia respecto a la peculiaridad del *otro*, pero en rigor auspician modalidades implícitas, que tienen ecos en el *id* colectivo, en favor de deslindes y la discriminación étnica y racial (p. XVIII). Las distancias entre *nosotros* y *ellos* se manifiestan –arguye– con eufemismos y en términos implícitos que, sin embargo, son comprensibles para los grupos mayoritarios. La nación es considerada *madre* o *padre* que en rigor sólo acepta a los *hijos legítimos*; los migrantes no pertenecen a esta categoría. En otras palabras, “el nacionalismo se sustenta en una narrativa selectiva y glorificante” que excluye a los extraños que pretenden adoptarla. Así, la tradicional xenofobia adquiere enunciados aceptables en el discurso oficial, pero no renuncia a sus odiosas convicciones; sólo las disimula o esconde merced a una retórica pública que abunda en engañosas metáforas. La indagación psicoanalítica –concluye– nos ayuda a identificar estas modalidades de encubrimiento y mentira.

El ensayo de Borosa y Rooney es más explícito en el uso de conceptos psicoanalíticos –como *impulsos libidinosos* e *hipocondría*– en la indagación de tendencias agresivas contra minorías o el temor al *contagio* cuando se convive con ellas (p. 15). Por ejemplo, judíos en el pasado europeo y migrantes musulmanes en el presente traerían *gérmenes* que amenazan la *salud* nacional. En consecuencia, deben ser aislados o, al menos, es preciso reducir y controlar su expansión.

Los ensayos no se limitan a las perspectivas nacionales e internacionales de países como Noruega, Hungría, Alemania, donde categorías psicoanalíticas –como “los imperativos de la sangre”, “las urgencias de Tánatos”, “los traumas de la identidad”– ayudan a entenderlas mejor; también aluden a los rincones oscuros, apenas revelables, de una particular cultura. Un ejemplo es la indagatoria de Jonathan Davidoff que alude al *Laberinto de la soledad*, de Octavio Paz. Arguye que sin conocimiento psicológico y analítico, Paz no habría podido componer esta indagación de la cultura mexicana (p. 145). La identidad del *mexicano* se nutriría de impulsos conscientes e inconscientes, de su historia y de los mitos que la han conformado. El peso de la soledad y la orfandad, las sombras de la *Malinche*, la pureza de la *Virgen de Guadalupe*, la fisonomía del *macho* son temas que gravitan –según Davidoff– no sólo en la identidad del y de lo mexicano, sino también en sus actitudes respecto a extraños y al nexo con otros países y culturas. De aquí el imperativo de una actitud interdisciplinaria –incluida preferentemente la visión psicoanalítica– para mejor comprenderlas.

Esta provocativa colección de ensayos culmina con un apéndice donde los animadores de este grupo multi e interdisciplinario revelan y fundamentan una nueva actitud respecto a los estudios de la política y de las relaciones internacionales. Si no se añaden las perspectivas psicoanalíticas –Freud, Lacan, Bion, Mitchell– en estas indagaciones, postulan que los resultados serán sesgados y parciales. Conviene atender este mensaje.

JOSEPH HODARA